

LOS
SECRETOS
DEL GRAN REY

A. C. BALTON



VESTALES

© Editorial Vestales, 2013

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Balton, A. C.
Los secretos del Gran Rey, 1.^a ed., Buenos Aires: Vestales, 2013.
256 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-53-4

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-1405-53-4

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A mi marido,
por hacer mis sueños realidad.*

CAPÍTULO I

NICOLE LEÍA EL ÚLTIMO ARTÍCULO QUE HABÍA ESCRITO y que estaba punto de entregar a imprenta. Estaba cómodamente sentada en su acogedora oficina en un nuevo edificio del barrio financiero de San Francisco; desde allí, la vista era extraordinaria: gozaba de una espectacular panorámica de la bahía.

Mucha gente podía pensar que Nicole Wade había conseguido todo en la vida. Con respecto a lo profesional, era muy posible que tuviesen razón, pero había pagado un precio demasiado alto para conseguirlo. Había sacrificado por completo su vida personal a cambio de un maravilloso despacho, un precioso apartamento victoriano en Western Addition y unos cuantos ceros en la cuenta bancaria. ¿Había valido la pena? No sabía el motivo, pero cada vez se hacía esa pregunta con más frecuencia.

Le gustaba el trabajo, ese no era el problema. Desde que tenía uso de razón había querido ser periodista; por ende, trabajar en uno de los periódicos de mayor tirada

del país era, sin lugar a dudas, lo que siempre había soñado. Pero, en ocasiones, y en el último tiempo cada vez más a menudo, se preguntaba cómo habría sido su vida si, al acabar la carrera, se hubiese casado con Devlin en vez de dejarlo en manos de su ex mejor amiga.

Devlin había sido, sin margen de duda, el amor de su vida. El flechazo se había producido cuando iban juntos al colegio y habían vivido una hermosa ilusión mientras estudiaban en la Universidad. Pero, cuando Nicole acabó la carrera, tuvo que elegir entre el amor o un trabajo en otro estado que la podía llevar a lo más alto. En aquel momento, la decisión resultó sencilla, puesto que siempre pensó que él la esperaba, y estaba convencida de que una oportunidad laboral tan buena solo aparecía una vez en la vida.

Estaba por completo absorta en estos pensamientos cuando sonó el teléfono.

—Nicole Wade al habla. ¿En qué lo puedo ayudar?

—Hola, Nikki. —Un silencio incómodo se hizo al otro lado de la línea.

—Rachel, ¿cómo te va? —La voz de la muchacha sonó quebrada. No estaba preparada para oír de nuevo a su antigua amiga y necesitó un par de segundos para procesar mentalmente las opciones que tenía.

—Por favor, no cuelgues —contestó Rachel para anticiparse a la decisión que, con toda seguridad, habría sido la más probable—. Tenemos que hablar.

—Creo que ocho años atrás ya nos dijimos todo lo que teníamos para decirnos.

—Nunca me dejaste explicarme.

—Supongo que encontrarte desnuda en la cama de mi novio me pareció suficiente explicación. —El tono cortante de Nicole dejaba traslucir con claridad que aún no la había perdonado.

—No llamo para hablar del pasado, aunque me encantaría que me dejases aclarar el malentendido. Te he echado de menos.

—¿Para qué demonios me llamas?

—Directa al grano, como siempre. —Hubo una pequeña pausa antes de que Rachel se decidiese a continuar—. Necesito hablar contigo de algo bastante importante. Pero no puedo hacerlo por teléfono. Estoy en San Francisco y me quedo un par de días más. Me gustaría que pudiésemos vernos.

—Lo siento, pero estoy muy ocupada.

—Por favor, tengo una bomba informativa y creo que, si pierdes unos minutos de tu tiempo conmigo, vas a agradecerérmelo el resto de tu vida.

—Será mejor que le des esa bomba a otro periodista; si quieres, puedo recomendarte a alguno de mis compañeros. —¿Bomba periodística? Rachel, la niña mimada de la clase alta bostoniana, consideraría como noticia de importancia mundial que su peluquera faltase al trabajo.

—Por favor, no acudiría a ti si pensase que hay otra forma de actuar, pero solo confío en ti. Nikki, mi vida corre peligro, de verdad, tienes que creerme.

—Tendrías que haber sido actriz dramática. De acuerdo, pero más te vale tener una buena historia y que

esto no sea una excusa para remover la porquería del pasado. Hay un pequeño café llamado Bob's en Union Square. Podemos vernos allí en una hora. —Aunque no tenía ninguna gana de verla, la curiosidad fue más fuerte que el resentimiento que sentía. Además, ¿qué podía perder? Si la noticia no existía, siempre podía aprovechar el encuentro para decirle las cosas que en aquel momento habían quedado por decir.

—Gracias, Nikki. Prometo que no vas a arrepentirte.

—Por tu bien, espero que tengas razón.

Nicole colgó el teléfono con brusquedad, sin despedirse, con la pequeña satisfacción de que, a pesar de todo lo que su amiga le había hecho en el pasado, una vez más era ella la que decía la última palabra. Dejó lo que estaba haciendo. Sabía que no podría concentrarse en nada hasta tanto averiguase qué estaba tramando su antigua amiga. Entregó el artículo que había estado escribiendo para que lo publicasen al día siguiente y se fue en su Porsche 911 a Bob's.

Por desgracia, le llevó más tiempo encontrar un lugar para el vehículo que llegar, pero aun así, estuvo veinte minutos antes de la hora prevista para la cita. Se sentó en una mesa junto a la ventana de la entrada para ver a Rachel cuando llegara. Le gustaba controlar esos pequeños detalles.

La camarera la reconoció enseguida como cliente habitual y le hizo una seña con la cabeza para indicarle que iría a atenderla lo antes posible.

Pidió un mocaccino con un trozo de pastel de chocolate. Estaba intentando sacarse dos kilos de encima y sabía que no debía caer en la tentación, pero no pudo evitarlo. Claire, la encargada del café, hacía las delicias caseras más ricas de toda San Francisco. Después de hacer el pedido sacó del bolso Jimmy Choo una novela de Sherrilyn Kenyon y se dispuso a pasar ese lapso de tiempo de una forma inteligente: leyendo.

Siempre, cuando leía, se concentraba tanto que no se enteraba ni del paso del tiempo. La camarera se acercó para saber si necesitaba algo más. Nikki miró su Cartier y vio que había pasado una hora, tiempo más que suficiente para que Rachel hubiese llegado al café.

—No, gracias. Tráeme la cuenta cuando puedas.

—De acuerdo.

Estaba sacando la billetera para pagar cuando oyó el tintineo de la puerta. Dirigió por instinto la vista hacia la entrada y vio a la que había sido su mejor amiga durante la mayor parte de su vida. Aunque se suponía que debía odiarla por lo que le había hecho, un sentimiento cálido e intenso se le expandió en el corazón al verla. Dejó escapar una pequeña sonrisa, sin lograr evitarla ni disimularla.

Rachel no había cambiado nada. Estaba vestida con unos vaqueros viejos y una camisa dos tallas menores de la que le hubiese correspondido. Se acercó a Nikki y le dio un cariñoso abrazo.

—No has cambiado nada.

—¡Oh, Nikki! Tú, en cambio, estás hecha toda una californiana. Te juro que, si nos hubiésemos cruzado por

la calle, jamás te habría reconocido. ¿Qué te has hecho en el pelo? Te queda fantástico.

Rachel empezó a disparar preguntas sin esperar contestación, y a Nikki se le escapó una risita al acordarse de los viejos tiempos.

—¿Por qué querías verme? —Nicole la interrumpió. No pretendía resultar fría, pero quería que Rachel comprendiera que la visita era profesional, no personal. Después de todo, ella aún no la había perdonado en el plano personal. Era posible no lo hiciera nunca.

—¿Podemos ir a tu casa?

—¿Qué?

—Verás, tengo mucho que contarte y creo que estaríamos mejor en un lugar menos impersonal.

—Lo siento, Rachel, pero no me llevo el trabajo a casa, así que, si quieres decirme algo, te aconsejo que aproveches este momento. Has llegado bastante tarde y tengo una cita para cenar —mintió.

—De acuerdo. —Hizo una pausa para poner en orden sus ideas—. ¿Has vuelto a tener noticias de Devlin?

—Creí que no habíamos venido a hablar del pasado, porque, si es así, prefiero irme a casa. —Nicole comenzó a levantarse de la mesa, pero una mano y la mirada desesperada de su amiga la obligaron a sentarse de nuevo.

—Está bien, te lo voy a resumir en una frase. Devlin ha intentado matarme.

Nicole la miró con suspicacia durante unos breves segundos y después se echó a reír.

—Él no le haría daño ni a una mosca, menos aún a ti. Después de todo, eres su esposa —dijo esto último con mucha amargura: descargó en esa frase todo el resentimiento que había guardado en los últimos años.

—Sé que es difícil de creer, pero tengo pruebas.

—¿Y por qué demonios no se las llevas a la policía?

Estaba cada vez más confundida por el giro de la conversación y empezaba a sospechar que todo era una trampa, que el encuentro no era más que un truco de Rachel para volver a involucrarla en estúpidas maquinaciones.

—No puedo, aún no. —Miró alrededor en el café, como si temiese que alguien la reconociera. Después de comprobar que no había motivo de alarma, continuó hablando—: Nuestro matrimonio fue una farsa desde el principio. Él siempre estuvo enamorado de ti, eso ya lo sabes. La noche en que nos encontraste juntos fue la primera vez. Yo quería enredarlo y lo hice beber bastante. Aun así me costó mucho persuadirlo. Para serte sincera, tengo que confesar que le tendí una pequeña trampa.

Nicole no sabía si podía creer en lo que estaba oyendo, porque Rachel siempre deformaba la realidad a su antojo. Pero una parte de ella quería conocer la verdad y saber por qué la habían traicionado las dos personas que más había querido en el mundo.

Al ver que Nicole no hacía ningún comentario ni intento de marcharse, Rachel siguió hablando, sin demostrar el menor asomo de vergüenza o pesar.

—Sabía que ibas a darle una sorpresa a Devlin, porque llamaron de tu agencia de viajes para confirmar la hora de salida del vuelo que ibas a tomar. Me encontré con Devlin, le conté lo triste que estaba porque mi último novio había desaparecido sin dejar ni siquiera una nota, dramaticé. Lo emborraché, le empecé a quitar la ropa y, cuando ya estaba medio inconsciente, me limité a tumbarme desnuda y esperar a que llegases.

—¿Por qué me estas contando esto ahora?

—Porque necesito que sepas todo el odio que Devlin siente por mí. Esa noche no hicimos el amor, aunque él siempre pensó que sí. Tú nos encontraste. Esa parte creo que ya la conoces. Te fuiste con la elegancia de una reina, sin hacer ningún tipo de escena y yo me quedé ahí para recoger los pedazos rotos del corazón de Dev.

Hizo una breve pausa; encendió un cigarrillo antes de seguir.

—Los días siguientes fueron bastante confusos. Devlin intentó localizarte para pedirte perdón, pero tú ya no estabas en Nueva York. Tu jefe nos dijo que habías dejado el periódico y que no le habías dado tu nuevo emplazamiento. Sin mirar atrás, viniste a San Francisco y empezaste una nueva vida; algo que en aquel momento te agradecí con todo mi corazón, porque me serviste a Devlin en bandeja. El resto de la historia se parece a un mal telefilm de bajo presupuesto. Le hice creer que estaba embarazada, y el pobre hizo lo único honesto que podía hacer: se casó conmigo.

—¿Hay hijos?

—No, esa fue otra de mis mentiras. Solo tuve que fingir un aborto a los dos meses de casarme.

—Siempre pensé que eras mi mejor amiga. ¿Por qué tanto odio?

—Porque tú lo tenías todo. Cuando acabaste la carrera ya tenías un prometedor trabajo esperándote y a Devlin, fiel como un perro, babeando a tus pies. No te lo merecías, lo dejaste tirado y te fuiste.

—Solo era un arreglo temporal —la interrumpió.

—No era justo.

—La vida rara vez es justa —dijo Nicole con resentimiento—. Te queda poco tiempo, así que ahórrame los detalles escabrosos de la historia y ve directo al grano.

—Devlin, poco a poco, se dio cuenta de mis mentiras y apenas soportaba mirarme. Se dedicó en cuerpo y alma al trabajo. Como ya sabrás, la compañía de software que fundó junto con Derek y Jared es una de las más importantes del país.

—Sigo sin saber a dónde quieres llegar.

—No sé por qué él no se divorció de mí. Casi desde el principio de nuestro matrimonio hacemos vidas separadas, aunque de cara al público somos la pareja perfecta. Lo único que compartimos es la casa, y tenemos tantas que la mayor parte de las veces ni eso. Por lo general, él reside en Hawái; y yo, en Boston. Pero, hace cosa de un mes, fui a Hawái para colgarme de su brazo en una fiesta benéfica. En casa, casi sin querer, escuché una conversación telefónica. Devlin hablaba con manos libres sobre un proyecto de negocios, no sé, algo que tenía que ver con

alguna cosa que había encontrado cerca de Kailua-Kona. Al principio, no le di importancia, dado que él adora Hawái y gasta gran parte de su fortuna en conservar y dar a conocer la historia del lugar. Pero, cuando iba a dejar el teléfono, la persona con la que estaba hablando dijo algo sobre unos huesos que estaban tan bien escondidos que nadie podría encontrarlos nunca. Me entró el pánico y salí rápidamente de la casa. Creo que él creyó que yo no estaba en la casa. Supongo que por eso habló de una forma tan poco privada. También creo que escuchó algo y que se dio cuenta de que yo había sido testigo de esa charla, porque desde entonces he sufrido dos atentados contra mi vida. De momento no han conseguido matarme, pero sé que, si no me ayudas, pronto lo harán.

—¿Cuáles son esas pruebas que tienes?

—Tengo una grabación. Parte de la charla que escuché la grabé con mi móvil.

—Háblame de esos dos intentos de asesinato. —A pesar de la reticencia inicial, Nikki empezaba a sentir curiosidad por la historia.

Antes de continuar, Rachel pidió un Martini blanco a la camarera. Nicole pudo notar el ligero temblor de las manos de la muchacha y pensó que debía de llevar una vida muy desgraciada para tener que consolarse con la bebida.

—El primero fue allí mismo, en Hawái. Un coche negro intentó atropellarme cuando cruzaba la calle. Me salvé de puro milagro gracias a un peatón que se tiró encima de mí para apartarme de la trayectoria del coche.

—¿Cómo sabes que te buscaban a ti? Quizá fue un simple incidente de tránsito, como tantos que pasan todos los días.

Nicole cada vez creía menos en la fantástica historia, pero continuaba escuchándola para saber a dónde quería llegar con un relato tan inverosímil. No creía ni una sola palabra, aunque estaba muy intrigada.

—Se dirigía hacia mí, no me cabe la menor duda de ello. Estaba cruzando con el semáforo en verde en un sitio de mucha visibilidad, y el coche no frenó en ningún momento. No había forma de que no me hubiera visto.

Rachel la miraba a los ojos, suplicando con la mirada que creyera en ella o que, al menos, la dejase terminar de contar la historia.

—De acuerdo. —Intentó no parecer escéptica—. Háblame del segundo intento.

—Fue hace apenas cuatro días. Devlin me indicó que volviera a Hawái para que organizase otra de sus dichas fiestas. Él no estaba en la isla y no llegaría hasta dos días más tarde, para el evento.

—¿Suele hacer eso habitualmente?

—Sí; él manda, y sus esbirros obedecemos. —Casi había acabado la copa e hizo una seña a la camarera para que trajese otra—. Fui en persona con mi coche a encargar el servicio de catering donde lo hago siempre, en las afueras de Honolulu. Noté que un vehículo me seguía. No sé qué modelo era, pero estoy casi segura de que era el mismo que había intentado atropellarme la vez anterior. Cuando salimos de la ciudad, intentó sacarme de la

carretera y casi consiguió que me matase. Pero conozco bien ese camino y logré enderezar el coche en el último momento.

—¿Le contaste esto a la policía?

—Regresé para hacerlo y me detuve en un control de carretera que había a la entrada en la ciudad. Lo conté todo. Ellos, en cambio, me hicieron una prueba de alcoholemia. Pensaron que estaba borracha y que había inventado todo.

—En verdad, no sé cómo quieres que te ayude. Sin pruebas no puedo publicar nada, y lo que me cuentas no se sostiene demasiado bien.

—Sé que te he hecho mucho daño, pero también sé que eres una buena periodista. —Los ojos de Rachel estaban vidriosos, aunque Nicole no sabía si se debía al alcohol o al estado de tensión en el que se encontraba—. Prométeme que, si algo me pasa, desenmascararás a Devlin. No permitas que ese bastardo me mate y se salga con la suya.

—Rachel, lamento que tu vida sea un completo desastre, pero no voy a dejar que me metas en tus líos. Para serte sincera, creo que esta historia solo es otro de tus intentos por llamar la atención de Devlin. Por primera vez en mucho tiempo, siento pena por él y asco por ti. No eres más que una mujer resentida y manipuladora.

No pudo continuar hablando y se levantó para irse sin echar siquiera una mirada a Rachel. En ese momento, entendió que la amiga de su infancia había muerto hacía mucho tiempo consumida por los celos y las envidias.

Esa persona con la que acababa de hablar era una perfecta desconocida y quería que siguiese siéndolo.

—Aún lo amas, ¿verdad? —fueron las últimas palabras que oyó antes de salir por la puerta.